tratado de *De liberis educandis* de Lebrija, en el *De arte, disciplina et modo alendi et erudiendi filios, pueros, et iuvenes*, de Rodrigo Sánchez de Arévalo (56), y en algunos libros de Erasmo, y cuyas enseñanzas trascendieron á las *Christiani pueri institutiones* del P. Bonifacio y á ciertos opúsculos de Lorenzo Palmyreno.

Entre los preceptos educativos contenidos en la Carta II *De ratione studii puerilis*, los hay referentes á la religión, al estudio, á la memoria, á las relaciones con el Profesor y con los discípulos, á los concursos, á las correcciones, etc. Respecto á la memoria, advierte Vives la necesidad de cultivarla para que no se entorpezca; «ten entendido —dice,—que la memoria es el tesoro de toda la erudición, faltando el cual todo trabajo es tan inútil como echar agua en un tonel sin fondo». Encarece la obligación de amar y reverenciar al Maestro como á un padre, y de conducirse con los compañeros como con verdaderos hermanos. Acertadamente hace notar la utilidad de los certámenes escolares para avivar la aplicación de los discípulos. «Bello, es en verdad—añade,—competir con los buenos, hermosísimo el vencerlos, pero derechamente y por la virtud, sin ningún género de fraude.» Insiste en la conveniencia de tomar nota de cuantas frases elegantes ó vocablos usuales se encuentren en los buenos autores, y recomienda mucho el adquirir ligereza en el escribir. «Lleva siempre contigo—dice,—la pluma y el papel. Lo que te admire, lo que te deleite, lo anotas con su correspondiente título. Lo mismo harás con las cosas que desees preguntar al Maestro ó á tus condiscípulos.»

Asimismo aconseja ejercitarse en la imitación de los buenos escritores y de las personas que hablen latín elegantemente.

Entre los autores cuya lectura recomienda figuran Terencio y Plinio (57), como también Policiano, Filelfo y Erasmo, de cuyos *Coloquios* dice: «sunt et familiaria colloquia ab Erasmo conscripta, quae non modo utilitatem, sed voluptatem quoque habent haud sanè exiguam, ut est vir ille exculto et urbano ingenio». Entre los Historiadores cita á Livio, Suetonio, Tácito (conocido ya en gran parte

en tiempo de Vives), César y Salustio. Menciona después á varios escritores de Agricultura, y tratando á continuación de los Poetas, cita á Virgilio, Horacio, Silio, Séneca y Lucano, á quien considera superior á los demás «por la majestad de las palabras, la fuerza de los argumentos y el valor y número de las sentencias». Entre los Gramáticos hace mención de Perotti (1430-1484), Aldo, Lebrija, Mancinelli (1425-1506), Sulpicio, Melanchthon y el Ninivita. De los Intérpretes recuerda á Servio para Virgilio, á Donato para Terencio, á Acrón y á Porfirio para Horacio, y cita con elogio las *Annotationes in Pandectas* y el áureo libro *De asse et partibus eius* de Budeo.

Manifiesta también la utilidad de los Vocabularios, aunque se lamenta del escaso valor de los existentes. Dice que Varrón, Festo y Nonio Marcelo, además de ser incompletos, ofrecen demasiada dificultad para los principiantes, y, á falta de obras mejores, recomienda la *Cornucopia* de Nicolás Perotti y el *Dictionarium Calepianum* (Venecia, 1506), de Ambrosio de Calepino (1436-1510), si bien hace notar con cuánta desconfianza deben acogerse las afirmaciones de ambos gramáticos.

Respecto al estudio del Griego, cita Vives, sin manifestar su propio pensamiento, la opinión de M. Fabio Quintiliano, según el cual sería conveniente, mientras se estudia la lengua latina, tomar algún conocimiento de la griega. Tal era el parecer de Erasmo.

Recomienda también un especial cuidado de la pronunción y una escrupulosa observancia de los acentos. Para el conocimiento de las declinaciones y conjugaciones griegas aconseja la lectura de los dos primeros libros de la Gramática de Teodoro Gaza, traducidos al latín por Erasmo, y para el de la prosodia y ortografía, el compendio del tercer libro de Gaza, escrito por Ecolampadio. Como libros propios para los primeros ejercicios, cita algunos diálogos de Luciano y de Platón, ciertas oraciones de Isócrates, y las fábulas de Esopo.

En cuanto á la sintaxis, opina Vives que ha sido mejor estudiada por los latinos que por los griegos, y tacha de obscuros y difíciles á Gaza y á Lascaris. Con respecto á la

elección de autores, dice que primero deben conocerse los oradores, después los filósofos, luego los «*férreos*» Tucídides y Plutarco, y por último los poetas. Termina mencionando algunas de las principales traducciones latinas de escritores griegos. Coloca en primer término las versiones de Aristóteles y Teofrasto hechas por Teodoro Gaza, la de la *Historia de los Emperadores*, de Herodiano, llevada á cabo por Policiano, y la de algunos opúsculos de Plutarco realizada por Guillermo Budeo.

Comparado el opúsculo de Vives con el titulado *De ratione studii* de Erasmo, échase de ver entre ambos una sorprendente similitud. Sin embargo, las observaciones de Vives revelan en general mayor tino y conocimiento práctico de la enseñanza que las de Erasmo. Este, como el primero, advierte: «En primer término ha de saberse que hay dos clases de conocimientos, el de las cosas y el de las palabras. El de las palabras es antes, el de las cosas es el mejor.» Y aconseja también el uso de las notas y el ejercicio de la memoria, á la que denomina «*lectionis thesaurus*». Con este último objeto recomienda el mayor orden en los estudios, y añade: «Además, será conveniente que los dichos breves y notables, como los apotegmas, proverbios y sentencias, los escribas al frente ó al final de los libros, ó los grabes en anillos, en vasos ó hasta en las puertas, paredes ó vidrieras, á fin de que no se te presente á la vista nada que no sirva para acrecentar tu erudición.» Pero en cambio se separa de Vives y de la costumbre de la época en afirmar la ventaja de aprender á la vez las Gramáticas griega y latina.

Respecto á la primera, recomienda los tratados de Teodoro Gaza y de Constantino Lascaris; tocante á la segunda, menciona los de Diomedes y Perotti. Disiente también en otras cuestiones de detalle; así, por ejemplo, cita á Aristófanes entre los autores que pueden ponerse en manos de la juventud, y permite con restricciones la lectura de Plauto, cuyo lenguaje es mucho más moral que el del poeta griego.

Aunque de difícil aplicación por su latitud, el plan de estudios que propone Vives era de lo más perfecto que podía darse en su época. Simón Abril renovó en gran parte las

doctrinas del filósofo valentino (58), pero distó siempre nuestra cultura de ser tan amplia como Vives deseaba (59).

***

Tenía suma importancia el arte epistolar latino en el siglo XVI; aparte de que el latín era el idioma generalmente empleado por los literatos en sus obras y correspondencia, solía ser también el que utilizaban los diplomáticos para sus comunicaciones oficiales.

De aquí el esmero que los humanistas ponían en la redacción de sus epístolas, de cuyas condiciones literarias hacían gala.

Apenas hay un renaciente notable de aquella época del cual no queden *Epistolarios* más ó menos extensos. Ejemplo de ello tenemos en los de Policiano, Sadoleto, Bembo, Budeo, Erasmo, Moro, Rodolfo Agrícola, Conrado Pinker ó Celtes, Hutten y otros mil que pudiéramos citar. En nuestra patria cabe mencionar también á Mártir de Angleria, Vergara, los Valdés, Maldonado, Ginés de Sepúlveda, Marineo Sículo, Luis Vives y Palmyreno, entre otros.

Valíanse á veces los literatos de la forma epistolar para tratar de asuntos más ó menos escabrosos de filosofía ó de política; tal ocurre con las *Epistolae obscurorum virorum*, atribuídas á Hutten, y con las *Epistolas familiares* de nuestro Antonio de Guevara.

Compréndese, pues, que los mejores ingenios de la época compusieran obras especiales acerca de la preceptiva literario-epistolar. Celebridad especial alcanzaron, entre otros, los tratados de Erasmo y del famoso humanista y poeta alemán Conrado Celtes. En nuestra patria, aparte del de Luis Vives, son dignos de mención: el libro *De conscribendis epistolis* de Francisco Juan Bardají; la *Ratio brevis et expedita conscribendi genera epistolarum illustriora* de Pedro Juan Núñez; y la *Dilucida ratio conscribendi Epistolas* de Lorenzo Palmyreno (60). También aquel Jerónimo Amiguet, bajo cuya férula dió Vives los primeros pasos en la senda de la latinidad, expuso algunas reglas sobre la

redacción de cartas en su edición: *Sinonima variationum sententiarum eleganti stilo constructa* (Valencia, 1502).

En la Epístola-prefacio de su obra *De conscribendis epistolis* define Vives la carta: «*sermo absentium per litteras*», y advierte los especiales caracteres que distinguen este género literario de los demás. Entra luego en la exposición de la materia, y trata sucesivamente: del comienzo de las cartas, de su vario asunto (que determina las diferentes especies de epístolas), de la consideración del sujeto á quien escribimos, de las contestaciones, de las partes de la carta (acerca de lo cual sostiene que el sobrescrito y la salutación integran el contenido de la epístola y no son cosas extrañas á ella, como algunos afirmaban); del orden de las mismas, de los títulos ó sobrescritos, y de la dicción epistolar.

Al final del tratado *De conscribendis epistolis* puso Vives un curioso Apéndice, que tituló: *Miscellanea de veterum consuetudine epistolari*. En él da eruditas noticias acerca del arte epistolar entre los antiguos, y trae asimismo algunas fórmulas de salutación y réplica. Termina con una breve é interesante revista crítica de los principales escritores de cartas; alaba especialmente á Plinio el joven y á Cicerón entre los antiguos, y á Pico de la Mirándola, Policiano, Erasmo y Budeo entre los modernos.

Es de advertir que la mayor parte de los preceptos de Vives se refieren al género epistolar en general, sea cualquiera el idioma en que las cartas se escriban. A pesar de eso, no puede considerarse completo el libro del humanista valentino; el tratado *De conscribendis epistolis* peca, como hizo notar Bardají, por demasiada brevedad, á lo cual se debe la obscuridad que envuelve en ocasiones el pensamiento de Vives. Por el contrario, la obra *De ratione conscribendi epistolas* de Erasmo (61), aunque menos sistemática que la de Vives, es bastante más acabada y práctica. Trata en la misma el doctor Rotterdameriano de géneros de cartas no estudiados ni mencionados siquiera por nuestro humanista, v. gr., los *de amatoria epistola, de criminatoria id., de iocosa*, etc.

*
* *

En los diversos tratados y opúsculos mencionados al principio de este capítulo, lleva Vives á la práctica sus ideas acerca de la reforma de la Gramática; pero la *Exercitatio linguae latinae*, tanto por su utilidad pedagógica, como por su forma literaria, tiene una importancia verdaderamente excepcional. En veinticinco diálogos de regular extensión comprende Vives casi todos los vocablos más usuales del idioma latino, y expone al mismo tiempo, en forma discreta y amenísima, sus fundamentales principios pedagógicos. Pero en nuestros días no son únicamente el fondo pedagógico ni el interés literario las cualidades que nos cautivan en la lectura de los *Diálogos;* hay otro aspecto, según el cual ofrecen singular atractivo, y es el aspecto *histórico*. Los Diálogos de Vives, á la vez que nos instruyen y nos deleitan, nos dan á conocer en interesantísimos cuadros, llenos de animación y de vida, las costumbres y el modo de ser de la época. Desde la escuela hasta el palacio, recorre nuestro humanista las principales esferas de la educación social; y en todas, observador atento y reflexivo, sabe señalar atinadamente los defectos y las virtudes. Satírico unas veces, elocuente y razonador otras, alegre y regocijado las más, llévanos insensiblemente hasta el fin de sus Coloquios, sin hacernos experimentar otra pesadumbre que la de abandonarnos demasiado pronto.

Entre los varios libros de diálogos escolares publicados durante los siglos XVI y XVII, (62) sólo dos, los *Colloquia familiaria* de Erasmo (1524) y los *Colloquia scholastica* de Mathurin Cordier (1564), alcanzaron un éxito semejante al de la obra de nuestro humanista. Pero ni el libro del doctor de Rotterdam ni el del maestro de Calvino reúnen las condiciones didácticas que la *Exercitatio linguae latinae* de Vives (63). Ofrecen, en verdad, los coloquios de Erasmo mayor atractivo que los del humanista valentino. Campea en todos ellos el chispeante gracejo y la profunda intención del autor del *Elogio de la locura*; pero esas mismas circunstancias perjudican en ocasiones la finalidad de la obra, dándole carácter en cierto modo agresivo á determinadas instituciones, y tendencia más bien literaria que pedagógica. Buena prueba de ello son los coloquios: *de fide; convivium religiosum; abbatis et*

eruditae; Franciscani; peregrinatio religionis ergo y *virgo misogamos*, entre otros análogos. Por su parte los diálogos de Cordier se resienten de cierta monotonía que hace sobrado enojosa la lectura de la obra. Enciérrase Cordier en la reducida esfera de la vida académica, que no suele traspasar sino con la mira de desenvolver alguna tesis teológica. Vives, por el contrario, sabe mantenerse igualmente alejado de ambos extremos, y, sin olvidar el fin pedagógico, hace todo lo que puede por harmonizarlo con el entretenimiento y la amenidad.

V

Doctrina lógica de Vives (conclusión): La Retórica: Doctrina acerca de las Matemáticas.

FUENTES:

A) *De ratione dicendi, libri tres* (II, 89-237).
B) *De consultatione* (II, 238-262).
C) *Declamationes sex* (II, 315-500).
D) *Pompeius fugiens* (II, 501-516).
E) *In quartum Rhetoricorum ad Herennium praelectio* (II, 87-89.)

La primera traducción latina medioeval de la *Retórica* de Aristóteles se llevó á cabo en España. Hízola Hermann el Alemán (que vivía por los años de 1240) en Toledo, valiéndose de intérpretes árabes y de las Glosas de Alfarabi. En el prólogo de la versión de la *Retórica* dice, refiriéndose á esta obra y á la *Poética*: «Usque hodie apud Arabes hi duo libri neglecti sunt, et vix unum invenire potui qui, mecum studendo, in ipsis vellet diligentius laborare» (1). El hecho se explica, porque la *Retórica* es uno de los libros más obscuros y difíciles de entender del Estagirita. La misma versión, todavía inédita, que de esta obra hizo en castellano el fecundo helenista español Vicente Mariner de Alagón en el siglo XVII, es tan escabrosa y sibilina como la prosa de don Enrique de Villena ó de Juan de Mena.

Hay otra versión medioeval de la *Retórica* de Aristóteles, hecha en el siglo XIII por el célebre Guillermo de Moerbeka, que murió por los años de 1281.